

**S**OCRATES tuvo su ángel custodio mucho antes de que la Iglesia se sacase eso, y lo llamó demonio. Goethe tuvo su ángel custodio, mucho después de la Iglesia se sacase eso, y lo llamó diamon. Nosotros, los postorwellianos del fin de siglo, peatonales del espacio, Sócrates con sueldo base, Goethes sin otro Eckerman que la grabadora del niño, también tenemos nuestros ángeles custodios, ángeles de monóxido con alas de calendario, que cuidan de nuestra salvación en el cielo democrático y nacional.

### La policía

El ángel custodio que con mayor asiduidad y longanimidad atiende a la vida en peligro del ciudadano, cuando ha de cruzar un puente o escaletric, aquí en Madrid, por encima de los riachuelos pestíferos, pululados de ranas soviéticas, es, naturalmente, la policía.

La policía nos da un carnet de identidad en cuanto llegamos al uso de razón, o mejor, al razonamiento controlado de nuestros usos. Lo dice incluso el flamenco, que es la sabiduría sin sabios del pueblo español:

*Si tendré formalidad  
que fui el primero que hizo  
el carné de identidad.*

ha salido una loca explicando que, según sus visiones, en cada barrio de Madrid hay una computadora gigante que ficha al personal. No veo la locura por parte alguna. Pero quizá estar loco, precisamente, sea haberse quedado sin ángel de la guarda.

Libre, como si dijéramos.

### La moral

La moral es la Iglesia, claro, porque lo de la moral natural se quedó en Rousseau, y a Rousseau lo embalsamó como «nefasto» José Antonio Primo de Rivera, fundador del fascismo español. Los fascismos no suelen ser sino un escalafonamiento y superpoblación

había sitio donde hacerse una gayola o gallarda.

Una de las cosas que produce más rechazo al español medio, en cuanto a la injerencia extranjera de la Iglesia en nuestros asuntos internos o de slip para adentro, es que nos infantiliza.

La viva reacción de tantos españoles que no usan misal con la misma asiduidad que Calvo Sotelo (según confesión del interesado), la viva reacción de tantos españoles contra la Eclesia y sus homilias es que nos infantilizan como nos infantiliza el domingo. El domingo es el reino de la Iglesia en este mundo.

Quizá por eso la gente se va al campo los domingos, actualmente, sustituyendo el cielo cielista del párroco

# LOS ANGELES

Mi amigo Pepe Mayá estaba en un aeropuerto, una vez, y vio cómo el funcionario de la aduana le pedía el carnet de identidad al marroquí que le precedía en la cola. El marroquí le dijo que en su país no había de eso. Mayá cambió su billete a Brasil por otro para Marruecos, expuso el tema a aquellas autoridades, consiguió el monopolio tipográfico de los carnets marroquíes y se hizo millonario, lo cual le permitió editar luego «Simplemente María», o sea que invirtió sus beneficios en cultura.

La policía, ángel gris con cara de Rosón, de Martín Villa, de Conesa, según, no sólo protege nuestra identidad, sino que nos la confiere mediante carnet. Antes, cuando los tiempos eran tiempos, la policía era sólo la policía. Ahora la policía es todo el Estado. Aquí y en cualquier parte. Por la tele

de ángeles custodios con alas azules, o negras, que vuelan siempre en el aire de un himno. La moral es siempre la Iglesia.

La Iglesia católica, apostólica y toledana es el ángel custodio de todos los españoles en cuanto que se ha propuesto reinar en España «con más veneración que en parte alguna», contraseña que le atribuye un poco abusivamente al Sagrado Corazón de Jesús, sangrante en todos los calendarios que no sean de la calvosotelizada Unión Española de Explosivos. Lo de la «veneración» era palabra que nunca entendimos los niños españoles de derechas, porque parecía que no venía a cuento, pero precisamente ese misterio sintáctico creaba el misterio teológico del tema, más el patrullar moral del cielo por nuestra casa: «Que Dios bendiga cada rincón de esta casa». No

por el cielo/cielo de la sierra. El párroco y esa cosa parroquial que tiene todo lo vaticano, desde Wojtyla hasta sus sacristanes (parroquialismo provinciano que los últimos Papas tratan de arrancarse mediante continuos viajes), nos vuelven niños porque nos repiten la mismas verdades de la catequesis, que ya sólo por eso, por la repetición, se vuelven mentiras. Esta mentira semántica me desazona a mi más que la mentira o verdad teológica, que no me desazona nada. Los papas son buenos políticos, pero malos psicólogos, y no han advertido que lo que vuelve contra ellos incluso a las masas católicas es el cesaropapismo, la voluntad de añamamiento de la grey. «Haceos como uno de estos pequeñuelos...». No esperan a que nos hagamos: nos hacen ellos. Hoy, el párroco de la aldea planetaria o coadjutor de Dios es



# CUSTODIOS

el Papa- Juan XXIII, Pablo VI, Wojtyła-, y no sólo el párroco sino el ángel de la guarda particular de cada funcionario del Catastro o ejecutivo nacional/multinacional. Wojtyła es un ángel custodio forzudo y forzoso, atlético, viajero, demagogizante -ahí la demagogia del cielo-, que gravita, no sólo sobre cada país visitado (ahora nos toca), sino sobre usted y sobre mí en particular, gracias al avión y la tele. Y ahí está lo demoníaco de tanta angeología: en que su custodia se ha hecho personal, inmediata, policíaca.

Entre la moral natural -tan dudosa- y la mora policíaca, exterior, impuesta por el Estado eclesial o la Iglesia estatal, sólo nos queda la moral subjetiva, personal, que funciona incluso en el asesino y la meretriz.

Quizá sobre todo en el asesino y la meretriz.

## El ángel de lo fáctico

*Vagos ángeles malva...*  
Juan Ramón Jiménez

Vagos ángeles fácticos vigilan, custodian y presiden de continuo nuestra vida. Lo que les diferencia de nosotros no son las alas, sino la pistola.

Los miedos inconcretos y transeúntes del personal, se hacen de pronto espantosamente reales/irreales, como acaba de ocurrir en España, cuando el que tiene una pistola, la saca. Ese ángel de charol y violencia que descendió sobre las Cortes españolas, instalándose en la hemicosa toda una noche, esperando improbables mensajes de un cielo militar y revuelto, convirtiendo el adunamiento de los diputados y el Gobierno en un almacén de patatas y sacos que fumaban, es

tan real/irreal que el hombre teledirigido se queda sin reacción. Porque ocurre que la televisión transmite y acerca imágenes con milagrosa prontitud, pero al mismo tiempo desrealiza lo que transmite (por eso es un «medio frío», según su patrocinador McLuhan). Cuando uno ha estado varias horas ante el televisor viendo películas, ficciones, filmaciones, necesita un salto perceptivo violento, casi un salto cualitativo, para tomar conciencia de que lo que ahora está viendo ya no es la mentira intemporal del arte, sino la verdad presentísima de la vida. En la misma medida en que nos hemos adaptado, mediante la imprescindible entropía, a la mentira, digo, necesitamos readaptarnos para que la verdad inmediata y filmada no nos parezca mentira.

De ahí el carácter espectral (aparte su carácter históricamente insólito) del ángel sombrío de charol irrumpiendo en la vida española como la cristalización del general sueño despierto de los ciudadanos: el miedo. Pero ocurre que esa realidad, cuando se hace visible, sigue teniendo carácter de *sueño*.

## LOS ANGELES CUSTODIOS

Aparte deficiencias de organización, yo creo que algunas tardanzas en la reacción oficial y pública ante el golpe de Estado, se explican por el carácter de *sueño*, de irrealidad, que tiene siempre lo excesivamente real.

Pero no voy a glosar aquí un grave hecho militar suficientemente glosado, sino a tomarlo como ejemplo de la esencial espectralidad de lo fáctico. El estamento más real, más visible, más pragmático, más decisivo, más gravitante de la vida española, los cuerpos armados en cualquiera de sus variantes o modalidades—es por todas esas cosas el estamento más irreal, siempre poco visto (impenetrabilidad informativa) o *demasiado visto*: desfiles, uniformes u otros hechos eminentemente visuales. Al militar, como al cura, los vemos en seguida por la calle, y en España vemos muchos, aunque ahora los curas vayan de paisano. Empero, es a los individuos que menos vemos como tales individuos, porque lo que vemos en ellos es la institución que les polariza, la especie antes que el sujeto, la clase antes que el hombre. Desde la masonería al Opus Dei, pasando por la Iglesia, el Ejército o la simple policía municipal, cualquier colectivo tiene la virtud o el vicio misteriosos de aureolar a sus hombres con el equívoco: ese militar es él y toda la historia militar de España. La historia militar de España encarna de pronto, y deambula, en un teniente con quien tropezamos a la vuelta de la esquina. Este desdoblamiento individuo/institución hace especialmente misteriosa la vida española, y hasta la calle, como digo, por lo que se refiere a curas, militares y otros ejemplos que he puesto. El ángel de lo fáctico es quizá el primer ángel custodio de la vida de un país.

Y por eso mismo, el más inquietante.

### El ángel del miedo

*El miedo guarda la vida.  
(popular).*

La eterna pedagogía para españoles es la pedagogía del miedo.

¿Miedo a qué? A todo y a nada. Al niño se le educa en los miedos del catecismo, en el miedo del coco, en el miedo del padre, en el miedo al miedo.

Hay siempre oscuros zingaros, convencionales húngaros atalajados atravesando por la infancia española, como ángeles custodios e inversos, con alas de ceniza y oropel. El puritanismo católico, tan grave como el puritanismo puritano, sólo que más barroco, entiendo de la pedagogía como terror. Los espa-

ñoles nos pasamos la infancia respirando miedo. Luego, en la adolescencia, viene el miedo a los exámenes, al trabajo, a la falta de trabajo, el miedo a la vida (tan cultivado por este pueblo como el miedo a la muerte). El miedo a las mujeres, que siempre son «malas», el miedo a los amigos, que siempre son golfos.

El miedo es la última estancia donde se recluye en España al hijo de familia.

Las oposiciones, las novenas, los desfiles, no son sino ordalías para conjurar el miedo nacional. Durante la vida, ya digo, se tiene miedo a la vida.

Hasta que empieza el miedo a la muerte. Claro que el miedo a la vida no es sino miedo a la muerte, miedo anticipado. Los Ministerios, las registradurías, toda la burocracia y toda la Administración están pululantes de miedosos, de gentes que, por miedo al Estado, han decidido vivir del Estado, como Solita Salinas, niña, por miedo a la barba negra de Juan Ramón, se echaba en brazos de Juan Ramón.

El Estado español nunca ha querido incontrolados laborales (los otros, no se sabe). El Estado español, en casi todas las épocas, ha querido ciudadanos con un empleo, una santa esposa y una familia. Franco fomentó los premios de natalidad y sus ministros solían tener una cantidad casi obscena de hijos. De ahí el *miedo al Estado-miedo a la vida*. Miedo a ser un paria, un piernas, a no ser nadie.

El culto al miedo supone el culto a las oposiciones, por ejemplo, y el culto a las oposiciones, el culto a la memoria repetitiva, no crítica, cuyo máximo exponente pudiera ser Fraga Iribarne.

El miedo a la vida se resuelve con un diploma y, entre el proletariado, con una portería. Más vale estar cerca de los ricos, se dicen los pobres no proletarizados, no concienciados. Ya dijo alguien que «ser diferente es un pecado». Sobre todo en España y en ciertas épocas.

Dentro del miedo a la vida, surge en seguida, en cualquier biografía, el miedo a la muerte. Toda la iconografía y la literatura española sobre la muerte, con su jocosidad o su misticismo, no son sino un miedo a la muerte resuelto como carnaval o como trance lírico: no resuelto. Es el miedo a la muerte de un pueblo al que nunca han permitido reconciliarse plenamente con la vida. El ángel del miedo es uno y plural, y nos acompaña durante toda nuestra existencia.

El español es valiente en la Historia y cobarde en casa.

## Los ángeles riquísimos

*La diferencia entre capital  
y rédito es tiempo.*

Ezra Pound

Otros importantes ángeles custodios del español peatonal son los ricos. Los ángeles de la riqueza. Al portero de la finca urbana le tranquiliza saberse bien mirado por el señor del principal izquierda, cuyos gabanes espera heredar en vida o muerte.

En la sociedad francesa, el señor de Charlus no sólo protege al chalequero que vive en los bajos del palacio de su prima, la fascinante señora de Guermantes, sino que además lo viola. Como dijo Cela una vez, el francés no es sino un español venido a menos.

No sé si los burgueses madrileños y la gran derecha de Fraga violan muchos chalequeros, ni siquiera si quedan chalequeros, violables o inviolables, pero si ascendemos en la escala social y de los chalequeros pasamos al comercio, la pequeña y mediana industria, los becarios y las secretarías trilaterales, está claro que todo el mundo, en este país, vive del rédito o el crédito, según, que se entra en el Banco con más veneración que en la iglesia, que el pequeño ahorrador deposita su óbolo, en las grandes entidades confederadas o no, como echando una moneda en el cepillo de las ánimas, queriendo comprar una pequeña parcela de prestigio dinerario como los cinco duros en el cepillo dominical creen comprar así un cielo en calderilla.

La Banca es sagrada, en España, y el capital ha sabido investirse aquí de un aura religiosa que no tiene en ningún otro país del mundo. En principio, porque la Iglesia española siempre ha sido rica. Y luego, porque los ricos españoles siempre han sido católicos.

Al igual que en el mundo calvinista, en nuestro mundo el dinero no es sólo dinero, sino signo de honorabilidad, de laboriosidad, de seriedad y esfuerzo. Ser hombre es triunfar. El cómo ya importa menos. Decía Sartre en sus últimos tiempos anarcos de *Liberation* (periódico que hoy se hace el harakiri quizá por no convertirse en la anarquía/mercancía o en mercancía para anarquistas y gaudichistes).

*-Todo dinero es ilegal, todo Estado es ilegal.*

El dinero, efectivamente (y esto ya lo había anticipado Pound) es siempre ilegal, pero precisamente a partir de su ilegalidad financiera o estatal empieza a funcionar como significante: un billete es la cédula de honorabili-



dad de un ciudadano. Para tranquilizar a algún taxista intranquilo, en ciertas noches madrileñas, siempre me ha bastado con sacar un excesivo billete de cinco mil pesetas:

*—Joder con el material. Que no tengo cambio.*

Y entonces le pago en moneda menor.

El billete de cinco mil es hoy, en la sociedad española, el mejor carnet de identidad. La sacralidad del dinero viene de los jesuitas, de los banqueros y de la aristocracia. Don Alfonso Escámez, presidente del Central, donde trabajé diez años de subalterno (toda mi adolescencia dickensiana, nunca contada por repugnancia de la auto-compasión), confiesa este año muchos millones de beneficios (referidos al 80, claro). Pese a la democracia asesina y a costa de otros personajes extralidos, como yo, de Dickens y Chejov, supongo.

«La diferencia entre capital y rédito es tiempo», sí. La diferencia entre

trabajo y ahorro es miedo. Todas las campañas nacionales sobre el ahorro remiten un mensaje subliminal de miedo: miedo a la ruina, a la enfermedad, a la vejez, al paro, a la jubilación, a la muerte. Miedo más allá de la muerte. (Nunca entendí, en mi infancia escasa, por qué se le entregaban unos preciadísimos duros, todos los meses, al lóbrego inspector de las pompas fúnebres. Y hubiese preferido la pompa en vida.)

El dinero del español es siempre un dinero ungido por el miedo. El miedo lo sacraliza.

## El ángel azaroso

*Una casa que vive y que no se ve.*

Rosalía

El ángel azaroso, el ángel del azar, es el alegre ángel custodio que completa la custodia de los españoles. Un

ángel con alas de décimo de lotería y cara de doña Manolita. La lotería, las quinielas, el bingo, los juegos autorizados o prohibidos, el azar, una cosa que vive y que no se ve. Eso está en todos los españoles, desde el gordo muy repartido de navidades hasta la lotería que compra Tierno Galván al cerillas del Comercial. Pienso que el ángel del azar, ciego como Cupido en el caso del cupón, no es sino una variante o uno más de los ángeles del miedo. El miedo irracional, histórico, ahistórico, que vuelve a hacer su círculo de rapiña en el cielo de Madrid cuando escribo este folio, sólo se combate mediante irracionalidad mayor: la suerte, el azar, la potra. La verdadera fiesta nacional es el burle, o sea, el juego, desde los espontáneos de Atocha con sotas marcadas hasta la Banca y puntos de Bellas Artes. Cada español en fin, con su chismorreos, crítica, vigilia, envidia o reojo, es el ángel custodio de otro español. ■ F. U. Ilustraciones de Manuel Alcorlo